

¡Todos a la ronda!

Karla Brigitte Herrera

Allá en lo alto del cerro Kurkubamba vive Mechita, una niña de diez años que disfruta la compañía del viento, la humedad de las hojas al culminar la lluvia, y de aprender de los árboles, flores e insectos que transitan por los caminitos de arena que ella misma hacía con los dedos de sus manos para que no se perdieran en la espesura de la tierra.

Un día, de esos en que el sol refleja su fulgor sobre los ríos, y el césped reverdece por la compañía, estaba Mechita junto a sus amigos y amigas haciendo rondas, dibujos, armando rompecabezas y leyendo cuentos en compañía de sus padres. Fue cuando la sombra de un niño que llevaba rato sentado en un rincón se hizo notoria: «¿Cómo te llamas?», preguntó la niña, pero el niño salió corriendo como alma en peligro, lo que despertó la intriga en Mechita.

—De seguro estaba apurado y su mamá lo esperaba para volver a casa —decía Mechita para sí misma, y con la esperanza de volver al campo de juegos al día siguiente, se fue a dormir.

Las niñas y los niños compartían la rutina vespertina de reunirse e inventar historias en compañía de sus padres. Así, en medio de anécdotas y risas, los encuentros se convertían en un aprendizaje colectivo. Había llegado el momento de jugar la ronda y en plena algarabía volvió el niño misterioso, esta vez, oculto tras un árbol, como con una mirada ansiosa. Intentó escudarse en el tronco nuevamente, pero Mechita ya lo había notado; entonces se acercó y lo invitó a la ronda, y el niño respondió con voz tenue:

—No conozco a nadie.

Tan pronto como Mechita quiso pronunciar unas palabras alentadoras, el niño volvió a correr dejando polvo a su paso.

Cierto día, mientras conversaba con su madre, Mechita se enteró de que el niño se llamaba Mateo, que tenía su misma edad y que acababa de llegar de otra comunidad; también comentó que su antiguo vecindario no era unido y que los niños se la pasaban en sus casas sin acudir a los parques ni disfrutar en familia al aire libre.

— ¡Es terrible! ¡Un día sin juego es un día perdido! —dijo Mechita al escuchar la historia de su vecino. ¡Preparemos una bienvenida para que entre en confianza!

Así lo hicieron. Mechita, en compañía de sus amigas y amigos, preparó cosas divertidas y mensajes de bienvenida para Mateo, quien en compañía de sus padres llegó el viernes por la tarde al campo de juegos.

188 Luego de un tímido agradecimiento, Mateo y todos los nuevos amigos y amigas se pusieron a armar rompecabezas, jugar al yoyo, colorear y aprender de las costumbres y tradiciones de la comunidad, algo que no se hacía en su antiguo barrio. Con los ojos iluminados, cada uno volvió a su casa, no sin antes haber aprendido de los trabalenguas y adivinanzas que los mayores solían preparar.

Desde ese día, ya no hay niñas ni niños en los rincones sin disfrutar de las rondas al aire libre. Sus cantos de alegría hacen eco en el aire de la comunidad Kurkubamba.

Karla Brigitte Herrera. Licenciada por la Escuela de Literatura en la Universidad de las Artes bajo el proyecto interdisciplinario titulado *La casa de las cuerdas*. En 2021 realizó pasantías en UArtes Ediciones. Actualmente es parte del equipo creativo del proyecto UAPK para la escritura de cuentos con carácter lúdico-pedagógico, especializados en idioma inglés. Su blog *Página suelta* está destinado a cuentos y textos dramáticos breves.

karla.herrera@uartes.edu.ec